

en el cauce de los ríos secos,  
protegida del viento marino,  
camina, silenciosa,  
con risas en las manos,  
y el inmortal deseo entre los intersticios de su talle.

Cae el silencio como polvo,  
lentamente,  
sobre recuerdos ya inútiles.  
El tiempo se distribuye,  
insinuándose entre manos y rostros  
llenando huecos del escenario,  
e impregna el suelo y se refleja  
en la oquedad del espejo.

Cada uno de esos hombres ha desollado su alma  
enamorándose de Almaida,  
y todos ellos, en su hora, inauguraron en Almaida  
este gusto insensato por la mistificación y la desesperanza.  
Pero aquel a quien Almaida ama y busca  
entre todos los otros,  
sólo aquél, sólo él, permanece esculpido en su bronce de sueño;  
sus labios ya no son otra cosa que una sonrisa tatuada;  
su mano: una inquietud, el miedo a un remoto deseo;  
sus ojos son de soledad nocturna  
y su piel como una música lentamente apagándose.

Lejos de sus arrugas,  
Almaida ha sido vencida por un látigo oscuro.

Almaida mira ahora a su amante perdido:  
árboles ateridos se mueven en desfile vertiginoso,  
los postreros espejos rotos cubiertos por el barro,  
y esta luminosa demencia,  
este sabor a última vez, esta náusea frecuente  
de noche en blanco que se acaba en grito:  
mira esta dicha sujeta entre las manos  
que se va disolviendo como un sueño.

Ha envejecido en tu boca la fragancia de sus besos.  
De aquella piel te queda un temblor de palmera.  
De su oscura palabra, un jardín de secretos.  
Entre tus dedos olvidados se ha aposentado el hambre.

Pues ocurre que el nomadismo y sus antiguos derechos  
 te apresaron de nuevo, Almáida,  
 y las palabras que sirvieron para tejer promesas,  
 (como suntuosos paños con que envolvías la desnudez que le pertenecía,  
 que creía pertenecerle,  
 llenos ahora de tristeza, porque se fue en silencio,  
 como el agua de los ojos),  
 estas palabras hoy se han convertido en mentiras perversas.

#### Huído

el tiempo en que acababan las noches  
 de compartido cigarrillo.

#### Perdido

el sol de ruinas viejas  
 en un incendio de hierba silvestre.

#### Olvidados

el piano, el té que humea, el gato dormido en la mecedora,  
 las olas de sal, de dulzura y de hastío.  
 Hasta la Amiga, la Adolescencia,  
 la adelfa rosa con su perfume azucarado,  
 la confianza y la complicidad,  
 la rosa que se marchita con extraño fervor,  
 hasta la dislocación en los cimientos de la noche,  
 e incluso estos puñales clavados en los ojos,  
 —una mirada deseante, una mirada inaugural, una sola mirada—  
 hasta esas flores de colores muertos,  
 la caricia sobre los dedos,  
 el llanto de la madrugada...

En equilibrio entre el agotamiento y la desesperanza,  
 ella duda aún ante qué límite elegir para la próxima transgresión,  
 y abre la puerta de otra urgencia,  
 estrenando otra nueva ausencia remota.

Ahora recreará la fragancia de sus instantes nómadas  
 en otra carne acogedora,  
 y este aniversario del olvido  
 lo robará al silencio y al eco majestuoso de su mutilación,  
 entregándose a lo más aterrador: su vida.

Lentamente, en los espejos que la observan, recobra  
 la sonrisa que fue su predilecta,  
 la oscura y viva fuerza que la empuja

hacia adelante, sin volverse  
sobre aquello que permanece al borde del pasado.

Y se contempla de pie, en el enorme espejo  
donde está amaneciendo,  
jirón de desnudez acorralado por la luz.  
Almaida: lo que te queda a ti es el miedo.  
Pero lúcida y libre en el último confín del deseo  
tú vas entrando en la transparencia.  
Tu recuerdo camina ya hacia su propio embuste  
mientras escuchas aún la risa en su garganta,  
su risa deseante como la lluvia de verano.

Desnuda Almaida,  
desarropada del deseo.  
Desnuda bajo la luna azul  
y bajo la lluvia de verano, desnuda.

Véronique Briaut



Grabado de Anni Rodrigues